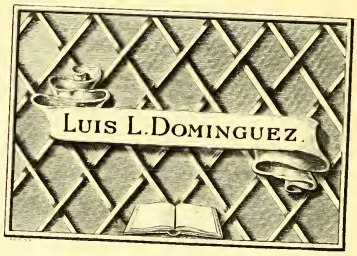

John Carter Brown
Library
Brown University

68-334-5

PUBLICA Y SOLEMNISIMA

ROGATIVA

QUE

EL ILLMO. Sr. ARZOBISPO DE LA PLATA hizo en la Iglesia de Religiosas de Sta. Clara de aquella Capital para implorar las divinas bendiciones á favor de la Religion, de la Patria y de nuestros Monarcas y Real Familia; y para alcanzar el beneficio de una paz honrosa y general.

CON LICENCIA EN BUENOS-AYRES:

EN LA REAL IMPRENTA DE NIÑOS EXPOSITOS.

Año de 1808.

RPJCB

A LAS VENERABLES RELIGIOSAS DE NUESTRO Monasterio de Sta. Clara de esta ciudad, salud y bendicion en Nro. Señor Jesu-Christo.

Amadas hijas: he determinado, que en los dias 12, 13, 14 y 15 del corriente se haga en la Iglesia de ese Monasterio una pública y solemnisima rogativa por la prosperidad de nuestros muy amados Soberanos, del Principe y de toda la Real Familia; por la felicidad de este vasto Continente, y de toda la Monarquia Española; por el triunfo de nuestras armas; y finalmente para que Dios compadecido del inmenso cúmulo de males que sufren tantos años há casi todas las naciones de Europa y America, mande que cesen de una vez los altaneros clamores de los combates y batallas; mande que dexen de correr por las Ciudades y por los Campos arroyos de sangre humana; y mande que una paz solida y honrosa vuelva á restablecer entre los pueblos guerreros y valientes las basas de la publica y comun felicidad: este es el fin que me he propuesto en la expresada rogativa; durante la qual, haciendo uso de mis facultades Apostolicas, hé resuelto que se exponga el Santisimo, y hé concedido à todos los que entonces lo visitaren con las devidas disposiciones, la indulgencia conocida comunmente con el nombre de oracion de las *Quarenta Horas*.

Hè creido, amadas hijas, que este seria un medio infalible para excitár la piedad de mis feligreses, y alentar su christiana confianza. Porque ¿donde, pregunto, puede esta encenderse con mas facilidad y motivo, que estando á la presencia de tan augusto Sacramento? En él se dexa vér el Salvador del mundo, como en un Trono de misericordias, para que los pecadores se las pidan, y él tenga el gusto de derramarselas á manos llenas. Se dexa ver en él como en una Catedra, en que enseña admirablemente á sus discipulos no solo la humanidad, la paciencia y la pureza; sino tambien la tierna y sincera benevolencia, y la acendrada unidad y fraternidad. Por ultimo, en este Sa-

cramento, Jesu Christo hace alarde de las finezas de su infinita caridad hácia los hombres; habiendolo instituido unicamente, como dixo él mismo, para darles el ultimo y mas autentico testimonio de su amor. ¿Quien pues, no se enfervorizará y abrasará acercandose á las llamas de aquel divino fuego? ¿Quien á la vista de la augusta Eucaristia no se llenará interiormente de una dulce esperanza? ¿Y quien dexará entonces de abrir delante del benignisimo Redentor los senos de su corazon; de manifestarle sus inocentes deseos; y de exponerle una por una las necesidades publicas y privadas, pidiendole se digne remediarlas? Y ved aqui, amadas hijas, lo que me ha movido á acompañar la mencionada rogativa con la oracion de las 40. *Horas*.

Quiero ahora que sepais las razones porque hé elegido para dicho fin vuestra Iglecia. Esta rogativa, segun insinuaba poco há, se dirige á apagar los encendidos tizones que la colera del Señor hà arrojado en casi todos los puntos del globo: se dirige à encadenar las enconadas pasiones con que tantos pueblos yá ciegos con el furór de la codicia y de la venganza; ya, como ellos dicen, precisados por su propio honór y seguridad á desplegar todo el poder de las armas, trabajan años hace en debilitarse y destruirse mutuamente, sin que se pueda prever con certidumbre, qual será el fin de esta fiera y sangrienta lucha. Un objeto tan propio de la piedad christiana, excitará ciertamente la ternura y fervor de todo este mi amado pueblo. Todos, segun me lisongeo, irán en los quatro dias señalados á postrarse á las benignisimas plantas del Salvador de los hombres. Todos le pedirán de comun concierto y como de una voz, la tranquilidad de que tanto necesita la tierra agitada. Esta será, no lo dudo, la sencilla é inflamada deprecacion de todas mis ovejas: y deseo, hijas mias, que vosotras acompañeis estos votos con vuestros incesantes ruegos, y con vuestras virginales oraciones: porque estoy cierto que vuestro Divino Esposo os ha de oir con la mayor complacencia.

¿Y á qué fin, pregunto, estais reunidas y encerradas

en ese sagrado asilo, sino para levantar dia y noche las manos y los ojos al Cielo, è implorar à favor de la patria las divinas bendiciones? Desde las tranquilas riberas de vuestro solitario retiro, no podeis mirar con ojos enxutos, las crueles tormentas que ponen en tanta consternacion y riesgo á vuestros hermanos. El cariño os debe hacèr tomar una parte muy viva en las desgracias y peligros de los otros: y debe tambien obligaros á que llenas de sobresalto, de amargura y de compasion, acudais á menudo al Santuario, para interponer vuestra mediacion como Angeles Tutelares de la patria.

Ah! redoblad ahora mas que nunca, amadas hijas, vuestra confianza y vuestro zelo. Pedid á vuestro Dulce Esposo, que de entre los negros y embravecidos torbellinos de la discordia y de la guerra, haga aparecér repentinamente el hermoso iris de una páz generál. Pedidle que asegure nuestras fronteras y nos dé un sueño tranquilo. Acordaos del exemplo de vuestra insigne madre Santa Clara, la qual conforme leemos en la Bula de su Canonizacion, libró por dos veces á la ciudad de Asis de un inminente asalto y saqueo con solo implorar humilde y fervorosamente la proteccion de Jesu Caristo Sacramentado.

¡Qué estímulo tan grande para vosotras! Dignas hijas de tan santa madre, os presentareis à aquel amabilisimo Señor en estos quatro dias con una fé semejante. Os acercareis en espiritu al altar en donde este Pontifice sumo, este Sacerdote eterno, segun el orden de Melquisedech, renovárá tan claramente la memoria del sacrificio sangriento que hizo de sí mismo en la Cruz: os acercareis à él, y adorandole con la reverencia y cariño propio de esclavas y de esposas, le ofrecereis en vuestro corazon como en un incensario de oro, las oraciones de todo el pueblo, dirigidas à alcanzarnos el inestimable beneficio de la paz. ¡O mansisimo Cordero! le direis, ¡ó suabisimo Redentor! ¿Será posible que unos hombres que se glorian de ser vuestros discipulos, lexos de asistirse y favo-

recerse unos á otros como hermanos, continuen por mas tiempo á buscarse, á perseguirse y dañarse mutuamente? ¿Será posible que se embistan unos á otros con la ferocidad de los tigres que moran en los desiertos paramos, y espesas selvas de algunas de nuestras provincias, y que son el horror y la execracion del incauto viagero? ¡Ah! no lo consintais: arrojad en el mundo una centella de aquel amor con que vos habeis amado à todos los hombres, desde el principio de la eternidad: haced que ellos tambien se amen entre sí, rompiendo de una vez las armas que les han sido tan funestas, y uniendose para siempre con los dulces y estrechos lazos de la verdadera religion. Oh! no suceda mas, que el hombre que es vuestra imagen tema el aspecto de otro hombre, ni que el hierro homicida arme su brazo para romper el corazon de otro hombre, que no deberia ser nunca traspasado sino con el dardo de vuestra divina caridad. ¿Pero á que fin, hijas mias, despliego ahora estos afectos? El amor es la pasion mas elocuente; y como él se apodere de vuestros corazones, bastará por sí solo para enseñaros y sugeriros todo quanto debereis decir.

Lo que no quiero pasar aqui en silencio es el motivo porque he resuelto que la expresada rogativa se haga en los referidos dias, y no en otros. Sabed pues, que el 12 de Agosto es el aniversario de la famosa reconquista de Buenos Ayres. En 12 de Agosto Liniers obligó al general ingles Beresford á que saliese fuera del fuerte en que se habia encerrado, y se entregase á discrecion. En 12 de Agosto alcanzamos, juntamente con la libertad de la capital de este vireynato, uno de los mayores y mas señalados triunfos; pues aunque era corto el numero de nuestros combatientes fue heroyco su valor, fue inaudita su intrepidez, y fue extremo è inapreciable el fruto que recogimos de la victoria.

Es pues muy debido, que celebremos en comun semejante dia, acudiendo al templo para presentar al Dios Todopoderoso el humilde homenage de nuestro agrade-

cimiento y de nuestras alabanzas. Ponderaremos, como es debido, el fervor que en dicho dia recibimos de su liberal mano, y este dulce recuerdo interesará su inefable piedad y clemencia, á dispensarnos en lo sucesivo otras nuevas gracias y favores.

¿Qué mas? El dia 15 en que se concluirá la oracion de las quarenta horas, ofrece á nuestra consideracion otras ideas no menos suaves ni menos provechosas. ¿Por que no es aquel el dia consagrado por la Iglesia catolica al Triunfo de nuestro Señora? ¿No es aquel el dia en que la inocentisima y enamorada Madre de Jesus dexó este mundo, y se elevó al cielo, para ser allì nuestra abogada, y socorrernos en todas nuestras aflicciones y trabajos? ¿Con quanta seguridad podemos pues prometernos que seremos oidos, si nos valemos de ella como de medianera para con su Hijo, quien conforme á la expresion de S. Bernardo, no puede jamas negarle cosa alguna?

Bien lo experimentó en el año proximo pasado la misma ciudad de Buenos-Ayres, quando la invocó con la mayor ternura en los aciagos lances de 2, 3, 4 y 5 de Julio; y antes de concluirse este ultimo dia, logró el consuelo de levantar el grito de la victoria, y rendir á las plantas de la expresada Reyna las banderas tomadas al exercito enemigo, que quedaba derrotado y hecho pedazos dentro de las propias calles de la referida capital.

La memoria de este beneficio, está profundamente grabada en mi alma, y quisiera que lo estuviese igualmente en las de todos mis feligreses. Ademas, una larga y constante experiencia me ha enseñado, que nunca se implora en vano á la que es por excelencia la madre y fuente de la misericordia, y he sido testigo en mil ocasiones, de como mientras las olas de la persecucion y de la tribulacion inundaban y casi sumergian del todo á sus devotos; se dexaba ella ver de improviso como la estrella de la aurora, y al aspecto de este hermoso lucero se deshacia la borrasca, y el alma volvia á disfrutar nueva-

mente de la primera calma y serenidad.

Tendré pues yo, amadas hijas, un gozo mayor de lo que puedo explicar reuniendo en aquel dia en ese templo à todo mi pueblo, á los Colegios y al venerable Clero de esta capital. Alli juntos el Pastor y el rebaño, meditaremos por espacio de una hora las glorias y excelencias de nuestra comun madre. Alli invocaremos su piedad y su misericordia. Alli unidos nuestros corazones y voluntades, la pondremos por intercesora ante el acatamiento de su Hijo, y le pediremos una y mil veces, que desarme su justa ira, y le represente las necesidades, no solo de nuestra amada patria, sino tambien de todos los demas pueblos christianos y no christianos, pues á todos se extiende, à todos abriga su maternal ternura. Yo me prometo, que en dicho dia un rio de esperanza y de consuelo bañará interiormente los corazones de todas mis ovejas, y que no saldremos de la casa del Señor, sin haber obtenido un despacho favorable.

Pongo ya fin, amadas hijas, á esta carta, advirtiendoos que aunque debeis hacer que la disposicion, aseo y adorno de ese templo corresponda á la magestad del Señor, que en el vamos á adorar baxo el mas augusto de todos los misterios; convendrá sin embargo, que su iluminacion sea muy moderada, y no con el exceso que se acostumbra en varias Iglesias de este Arzobispado. Porque cosa sabida es, ò á lo menos debe serlo, que el culto agradable á Dios no consiste en que ardan muchas luces delante del Santisimo, sino en que á su presencia se abrasen los corazones de los fieles con el fuego de la devocion, para lo qual no conduce la multitud de velas, antes al contrario, perjudica: pues como leimos en un Santo Padre, la demasiada luz natural ò artificial en las Iglesias, en vez de reconciliar el recogimiento y la atencion, causa inevitables y frecuentes distracciones.

Palacio arzobispal 10 de Agosto de 1808. = *Benito Maria*, Arzobispo. = Por mandado del Illmo Sr. Arzobispo mi Señor. = *Dr. Luis Maria de Moxó*, Secretario.

El dia 15 de Agosto en que debia concluirse el mencionado jubileo y solemne rogativa: el Ilmo. Sr. Arzobispo salió de su palacio á las quatro de la tarde acompañado de su familia, de los dos Colegios, y del venerable Clero de esta capital, atravesando por un angulo de la plaza mayor, en la que habia actualmente una fiesta de toros, y tuvo el consuelo de ver que no pocos de los que habian concurrido á la diversion, desamparaban los balcones y baxaban á reunirse con su Ilma., siguiendole asimismo muchos indios.

Llegado á las puertas del templo, reparó con no menor complacencia, que un excesivo numero de hombres y de mugeres lo habia llenado de modo, que costaria bastante dificultad abrir calle hasta el presbiterio. El Prelado no pudo contemplar tan tierno espectáculo sin enternecerse, considerando el fervor, humildad, y confianza con que sus ovejas habian acudido á la hora señalada à pedir à Dios, en primer lugar, la felicidad de la patria abrumada tantos años hace con el peso de innumerables calamidades; y en segundo lugar, la paz general, hasta entonces tan inultimente deseada.

El Sr. Arzobispo habia propuesto al pueblo que para alcanzar este doble beneficio, se valdrian juntos de la poderosa y amabilisima intercesion de la inmaculada Virgen, cuyo glorioso triunfo obtenido contra la muerte y pecado, celebraba la Iglesia catolica en aquel dia. Asi pues que hubo orado por un breve rato delante del Santisimo Sacramento, subió al pulpito, y leyó en alta voz la siguiente meditacion deteniendose en cada clausula un corto espacio para dar lugar á que la divina palabra penetrase poco à poco como una lluvia suave, los corazones de los oyentes, è hiciese brotar los convenientes afectos y propositos de devocion y piedad: modo de orar muy recomendado por los santos Padres mas antiguos, y practicado con indecible ventaja por los celebres monges de Egipto, de Palestina y de Capadocia.

MEDITACION.

PUNTO PRIMERO.

HOY sube al cielo, qual blanca y hermosa paloma, la mas pura, la mas inocente y santa de todas las virgenes, y de todas las criaturas. Hoy la casta esposa del Cordero, teniendo el corazon traspasado con una saeta del divino amor, sale de este valle de lagrimas, y acompañada de alegres coros de Angeles, se encamina con rapido vuelo á la bienaventurada patria, á la pacifica y opulenta Jerusalen; y entra en la camara nupcial en donde tan santa y eterna alianza debe recibir su ultima perfeccion. Hoy Maria, elevandose por los ayres como el vaporcito de los aromas de mirra y de incienso, y dexando debaxo de sus pies á la luna, al sol y á las estrellas, oye como los inflamados Querubines y Serafines aplauden su triunfo, preguntandose unos à otros: *¿quién es ésta que sube del desierto llena de delicias, plena deliciis?* Hoy al pisar Maria los umbrales del empireo, repara como resuenan sus relucientes è inmortales bovedas con aquel grito de placer, con que toda la corte celestial tomando la voz del Esposo exclama: *ven del Libano, Esposa mia, ven del Libano, ven: serás coronada. Ven, porque llagaste mi corazon con una sola mirada tuya, y con la una trenza de tus hermosos cabellos, que se desprende por tu cuello.*

Hoy Maria dulcemente embriagada con el mosto de las granadas, con aquel vino nuevo que hirvió en su virginal pecho toda la vida, y no sufrió ni consintió en sí la menor impureza; se arroja á los brazos de su enamorado dueño, de su querido Hijo, el mas bello entre los hijos de los hombres, y sintiendose desfallecer en amoroso desmayo, le pide que la sostenga con su izquierda, y la abrace con su derecha, diciendole con imponderables ansias: *besame, Esposo é hijo mio, besame con el beso de tu boca, osculo oris tui*, ya que yo no quiero otros regalos sino los de tí, á quien unicamente amo.....

O Virgen! ó Madre! ó Esposa incomparable! ¿Quién será capaz de ponderar, ó à lo menos entender, las dulzuras de este singular y jamas visto desposorio? Fueron felices, es cierto, los besos que dabais en otro tiempo al divino Niño, á quien habiais concebido y parido sin menoscabo de vuestra privilegiada pureza: los besos, repito, que le dabais, quando el Emmanuel, el deseado de las naciones se alimentaba con vuestra preciosa leche; quando lo apretabais una y mil veces contra vuestros virginales pechos, y él correspondia como Niño à vuestras caricias con una dulce sonrisa, y echandoos sus delicados brazos al cuello, aplicaba tambien sus labios á los vuestros Sin embargo, ¿quanto mas felices son los osculos, que recibis hoy de este mismo Hijo, triunfador de la muerte, domador del infierno, Salvador del mundo, y Señor universal de todo lo criado? De este mismo Hijo, que estando sentado á la diestra de su Padre, y rodeado de una luz inacesible, os sale hoy al encuentro, con frente serena y risueño semblante, y poniendoos en medio de innumerables coros de bienaventurados, os coloca en el trono de gloria que se debia á vuestros relevantes meritos, á vuestra profunda y sencilla humildad, á vuestro inflamado amor, y à vuestro altisimo destino.

O Hijo! ó Madre! Permitidme, que uniendome ahora con los espiritus celestiales os dé á ambos la mas sincera enhorabuena, y entone como ellos vuestro epitalamio, y vuestras inefables alabanzas, y luego permanezca por un rato en silencio, suspenso y absorto al resplandor de tan dulces è inexplicables misterios.

PUNTO SEGUNDO.

¿Quién, ó alma mia, aunque hablase con lenguas no solo de hombres sino de Angeles, acertaria á explicar el extremo jubilo y contento con que Maria fue hoy recibida en el cielo? Quando esta admirable Virgen vivia aun en nuestro miserable mundo; quando conservaba aun todo el exterior de esclava, y estaba aun vestida de nuestra

carne mortal; su presencia, su voz tenía ya no sé que de divino que en un instante disipaba de los corazones de quantos la miraban y oian, las negras nubes del abatimiento, de la desconfianza y de la tristeza. Apenas esta admirable Virgen entró en la casa del viejo Zacarias; apenas hubo proferido una breve salutacion, quando el Precursor, como afirma el sagrado texto, dió saltos de gozo en el vientre de su madre, y Elisabeth llena de Espiritu Santo, exclamo en alta voz, y como fuera de sí, *que María seria eternamente bendita entre las mugeres.*

Y si tanta y tan extraordinaria fue ya entonces la gracia y dulzura de esta humilde hija de David, que al eco de sus palabras se derritió el alma de un niño, que aun no habia nacido, y la madre fue interiormente iluminada con luz de profecia; ¿qual creemos que seria hoy el alborozo de los bienaventurados, los quales han merecido no solo oir su voz, sino ver su rostro y disfrutar con tanta familiaridad de su amabilisima presencia? ¿Qual creemos que habrá sido la alegria de aquellos pacificos moradores, al asomar por sus puertas como resplandeciente aurora esta Reyna de los Angeles, que derramaba por todas partes vivisimos rayos de luz, y estaba adornada con todos los riquisimos atavios que el Profeta describió muchos siglos antes en uno de sus Salmos?

Dios mio! no es esta, pregunto, ¿aquella dulzura, no es esta aquella armonia, no es este aquel divino concierto de que habla con tanto asombro el Apocalipsi? Sí, lo es ciertamente. Yo oigo, oigo sin duda el sonido de las harpas y de las citaras, que tañen aquellos ciento y quarenta y quatro mil, *que fueron rescatados de entre los de la tierra.* Yo oigo algunos versos del cántico nuevo que entonan ellos en loor de Jesus y de su Madre. Yo percibo, aunque de tan lexos, como se animan mutuamente diciendo: *Gocemonos y alegremonos, y demos gloria á Dios, porque son venidas las bodas del Cordero, y su Esposa está ataviada; y le fué dado que se cubra de finisimo lino resplandeciente y blanco.*

Pero si el cielo entona à tu triunfante llegada, ¡ò dulcisima Virgen! el himno de accion de gracias, y la voz de alabanza; mucho temo que nosotros aca abaxo tendremos mas motivo de entristecernos y llorar, que de alegrarnos. Porque asi como en una noche de invierno al ponerse la luna, los montes, los bosques, los valles, los rios, las fuentes y los campos quedan envueltos en las mas espesas tinieblas; del mismo modo desde que tú te ausentastes de nosotros, ¡ó Maria! este miserable mundo ha quedado privado de su mas apreciable adorno; y de su mas clara luz; y ya no es sino un lugar de dolor, un lugar de trabajo y de afliccion de espiritu.

¿Mas que digo? Ah! cese, al contrario, cese nuestra quexa; pues no tenemos aqui ciudad permanente sino que buscamos la que está por venir, à la qual ha llegado hoy felizmente Maria; y si nosotros nos hallamos ya alistados entre sus ciudadanos, es justo que en nuestro destierro, es justo que sentados à las margenes de los rios de Babilonia nos acordemos con singularisima complacencia de la amable Sion: es justo que nos interesemos en su gozo, y participemos de su alegria. Maria se ha elevado sobre la tierra; pero no nos ha desamparado. Todavia tiene fixos sus compasivos ojos sobre nosotros: todavia nos abriga y protege debaxo de su manto. Nosotros peregrinos, forasteros, esclavos y oprimidos con el peso de tantas cadenas, hemos enviado por delante à esta poderosisima y amantisima abogada, para que como madre de nuestro juez, y madre de misericordia, perore ella en la patria à nuestro favor, y trate con suma eficacia los importantes negocios de nuestra salvacion. Se ha adelantado en efecto nuestra Reyna, se ha adelantado, y ha sido recibida con tanto aplauso, que nosotros sus apasionados devotos nos atrevemos á seguirla paso à paso, dandole voces, *que nos traiga en pos de si, y nos comunique fuerza para correr al olor de sus unguentos.*

Ah! Señora y Madre mia! bien sabeis que aborresco este mundo: bien sabeis que desprecio los honores y las riquezas, y que solo apetezco romper quanto antes las duras prisiones de mi carne, para ir á gozaros eternamente en el cielo. Ah! enamorada Reyna! heridme primero como á la cierva del Salmista con un dardo del divino amor: haced que en mi pecho arda un volcan de caridad que nunca, nunca se apague: haced que todos los deseos y propósitos que salgan de su centro sean lampa-

ras de fuego y de llamas : *lampades ignis atque flammarum.*

Concluida la meditacion se puso en pie el Prelado, y habló al numerosísimo auditorio en esta sustancia : „ Hijos mios, *leo* „ *dixo*, estadme, os ruego muy atentos. Pedid à Dios que avi- „ ve ahora los sentimientos de la fé, esperanza y caridad que se „ os infundieron en el bautismo, y unid vuestros corazones con „ el mio, mientras yo postrado otra vez à las plantas de la Santi- „ sima Virgen, voy á dirigirle en nombre de todos la mas hu- „ milde y sencilla deprecacion ; y me prometo, que si vosotros me ayudais lograremos esta tarde un despacho favorable " Dicho esto se arrodilló de nuevo, y pronunció la oracion siguiente, acompañandole, mientras duró la lectura, los tiernos gemidos y lagrimas de todo el concurso.

ORACION A LA VIRGEN.

He celebrado, ¡ ó Virgen amantisima y dulcisima ! en el modo que me ha sido posible, las glorias y excelencias de tu triunfo. He conducido al Clero de esta capital, y á todas mis queridas ovejas à este tu templo, para que me acompañasen en tan alegres y debidos homenages. Aqui las tencis, Señora, postradas al pie de vuestro reluciente trono, y derramando lagrimas de ternura, porque os aman con toda el alma, y se regocijan de veros entrar hoy en el quieto y seguro puerto de la salud ; libre ya de las crueles tormentas de esta vida, y colmada de inefable gloria.

Yo pues que soy el pastor y padre de este espiritual rebaño, no quiero, ¡ ò Señora ! perder tan bello momento, no quiero malograr un dia como hoy de gracia y de misericordia, un dia tan á propósito para implorar vuestra soberana proteccion. Ah! ¡amabilisima Reyna de angeles y de hombres! Yo sé que vuestro poder es inmenso. Porque ni en la tierra se pudo hallar un lugar mas digno que vuestro virginal seno en donde descansó el Hijo de Dios, ni en el cielo se encontrará tampoco otro mas sublime que el real solio en que hoy os ha colocado este mismo Hijo. Vos, Señora, sois Reyna de los cielos, sois Madre del Unigénito Hijo de Dios, y sois en extremo misericordiosa. ¿Y cómo seria posible que no lo fueseis, habiendo dado alvergue en vuestro vientre por espacio de nueve meses, à la misma divina y sustancial caridad ? Mi espiritu se recrea, ¡ ò Señora y Madre mia!

mi espíritu, repito, se recrea sobre manera pensando en esta suavísima virtud, de que tanto necesitabamos los pecadores. Alavo vuestra virginidad: me admiro de vuestra humildad, pero como hombre flaco, ignorante y desvalido, hallo mucho mas gusto, lo confieso, en vuestra piedad y misericordia. La memoria de esta virtud llena de dulzura el paladar de mi alma: la abrazo con mas cariño: me acuerdo de ella mas á menudo, y la invoco con mas confianza y frecuencia: porque no ignoro que ella fue la que restauró las ruinas de la bienaventurada Jerusalen; ella fue la que llenó el cielo, la que despojó el infierno, y rompió las cadenas de nuestra esclavitud.

Ah! ¡dulcísima y poderosima Señora! Volved desde la feliz é inmovil morada del empireo, volved hácia nosotros, volved hácia nuestra amada patria vuestros maternales ojos, y dadnos una de aquellas benignisimas miradas con que, segun la expresion del Espíritu Santo, alegrais los astros de la mañana, y llenais de jubilo á todos los hijos de Dios. Vuestra copiosisima caridad cubra, os ruego, la muchedumbre de nuestros pecados, y vuestra fecundidad milagrosa alcancenos la fecundidad de merecimientos y buenas obras.

Reynad, Señora, en el corazon de mis queridas ovejas; reynad en el corazon de nuestros Americanos; reynad en el corazon de todos los Españoles. Acoged debaxo de vuestro manto á nuestra Monarquía, que tanto se ha distinguido y distingue en honraros y serviros Sostened, sí; sostened, yo os lo suplico con vuestra mano á los Reyes católicos, al Principe al amado Fernando las delicias de la nacion, y á toda la Real familia, ya que ellos ponen en vos sus mas dulces esperanzas, y os aman con tanta ternura. Enviad á España uno de los muchos Angeles que asisten dia y noche á vuestro trono, y mandadle que en medio de las violentas convulsiones de una guerra que parece interminable, mantenga entre todos sus moradores y huéspedes la mas indisoluble y estrecha union: aquella amable union tan digna de un pueblo christiano, y en que consiste la verdadera fuerza de los imperios.

No os olvideis tampoco, ¡unica Madre mia! no os olvideis de esta América del Sur: de estas provincias que eran en otro tiempo una de las mas ricas y mas felices porciones del globo; y á quienes ahora el comun tirano de los mares tiene en continuo sobresalto. Ved como desmaya nuestra agricultura: ved como está parado nuestro comercio: ved como quedan desiertos nues-

68-334-6

tros campos y las riquisimas minas de nuestros cerros casi abandonadas. Ved por ultimo, como este Reyno que disfrutaba de una continua y envidiable tranquilidad tantos años ha, arde ahora con el entusiasmo de las armas: porque nuestras fronteras se hallan amenazadas por las esquadras y exércitos enemigos; y nos perderiamos para siempre, si nos permitiesemos un solo momento de descanso.

Ah! velad vos, Señora, en nuestra defensa; vos que, conforme dice Salomon, *sois terrible como un exercito de esquadrones ordenado*. No, no consintais que ninguna potencia del orbe nos arranque jamas del suavisimo dominio español en que vivieron contentos nuestros padres, nuestros abuelos y visabuelos, y à cuya benefica sombra nosotros logramos actualmente con tanta ventaja, de las dulzuras de la sociedad. Defended con vuestro invisible brazo à Buenos-Ayres y Montevideo, que son los dos mas firmes baluartes de todas estas fidelisimas colonias. Destruid, Reyna del impireo á nuestros fieros enemigos; ò mas pronto, sed el alegre, el hermoso iris que restituya al mundo la paz tan deseada; vuelva á la tierra desolada el amor de la fraternidad, reconcilie los animos demasiadamente enconados con el furor de los combates y de las batallas, y haga que todos los hombres, en qualquier parte del globo donde habiten, se miren unos á otros como hermanos y como individuos de una misma familia, y abominen la barbara costumbre de derramar por el mas leve pretexto la sangre de sus semejantes.

Señora nuestra, medianera nuestra, abogada nuestra, guia y lucero nuestro, reconcilianos con tu Hijo, recomiendanos à tu Hijo: establece la paz y concordia entre los hombres: protege la verdadera religion: disipa las sombras de las heregias y las nieblas de los cismas y demas errores: une nuestros corazones y voluntades; y alcanzanos la gracia de que por tí podamos subir algun dia à la presencia y compañia de aquel benignisimo y omnipotente Dios, que por tí, por tí sola, se dignó de baxar hasta nosotros, enamorado de tu virtud sin igual, y deseoso de dar cumplimiento à las antiguas profecias. Amen.

B81—
A692c
v.1
1-SIZE